

El muro del este

El muro no tenía grietas.

Desde que Ludovic Krauss tenía memoria, aquella barrera de piedra oscura y cemento frío había sido inquebrantable en la República Platónica. Su altura descomunal, de quince metros exactos, se extendía en línea recta más allá de donde la vista lograba alcanzar, como si dividiera el mundo entre aquello que era seguro y lo que suponía una condena en firme para quien osase traspasarla.

Más allá del muro, decían, yacía el horror más absoluto. La República llevaba más de un siglo repitiendo las mismas consignas: «El muro no nos encierra a nosotros. Nos protege de los barbaros del este» «Si cae, la barbarie moscovita nos devorará» «Más allá, no hay ley, no hay razón. Solo caos y traición»

Aquellos mantras estaban impresos en cada página del Código Cívico de la república. Repetido en los oradores de las ciudades cada mañana. Susurrado en los hogares. Enseñado a los niños en

las escuelas. Nadie lo cuestionaba. Ni siquiera el propio Ludovic.

Durante los últimos diez años, Ludovic había dedicado su vida a fortalecer aquel monumento a la supervivencia como arquitecto del Ministerio de Infraestructura y Orden Urbano. Era responsable de inspeccionar las defensas del muro, reforzarlo, asegurar que siguiera siendo la muralla indestructible que protegía la pureza de la República, pero, sobre todo, la seguridad de sus vecinos y amigos. Y, sin embargo, aquella mañana algo cambió.

Ludovic vio algo que no debía ver.

El frío de la Sección 14 era distinto. Pesado. Húmedo. La nieve cubría el suelo con un espesor uniforme, sin huellas recientes más allá de las suyas y las de su equipo. Solo el viento que silbaba entre las ramas rasgando el aire y el crujido del hielo bajo sus botas rompían el silencio de la frontera. Ludovic avanzó con calma, siguiendo su inspección rutinaria con el automatismo propio de quien tenía la lección

más que aprendida. Revisó cada tramo de la pared con meticulosa atención, buscando desgastes en la piedra o posibles filtraciones en el cemento. No esperaba encontrar nada fuera de lo habitual. Nunca lo encontraba.

Pero aquel día, lo encontró.

No era una grieta, ni un signo de erosión, sino una marca. Una señal tallada en la roca, a la altura de su pecho. Un círculo atravesado por tres líneas verticales.

Ludovic se detuvo en seco. Su respiración se volvió contenida y su pulso se ralentizó por la confusión. Trazó la marca con los dedos enguantados, notando la profundidad de la incisión. Ninguna era natural. Ninguna era accidental. Alguien la había puesto ahí, a conciencia.

Su instinto entrenado le decía que debía reportarlo de inmediato. Pero algo, aún más fuerte en su interior le alejaba de aquel instinto.

Miró a su alrededor.

Nada.

Su equipo estaba a varios metros de distancia, ocupados midiendo la resistencia de un refuerzo lateral. Nadie lo había visto. Ludovic tragó saliva.

La República les había enseñado que cualquier anomalía, por nimia que fuera, debía ser reportada a la Guardia Social con la mayor rapidez posible. Sin excepciones. Pero algo en aquella marca le helaba más que el propio invierno. Incluso más que el brazo de hierro de la Republica.

Por primera vez, Ludovic, se preguntó si debía obedecer.

Y en aquel momento lo vio.

A apenas dos metros de la marca, camuflada entre las vetas irregulares de la piedra, había una hendidura casi imperceptible. Un rectángulo sutil.

Demasiado sutil.

Ludovic dio un paso atrás. No podía ser...

Se acercó lentamente, pasó la palma de la mano por la superficie. Notó la diferencia en la textura y un temblor le recorrió el cuerpo por completo.

No era una fisura. No era una falla en la construcción. Era una puerta. El primer resquicio en

aquella fe inquebrantable que suponía el mastodóntico muro.

Ludovic quedó inmóvil. Su corazón se aceleró por el peso de aquel descubrimiento que no debía existir.

El muro era la barrera indestructible que separaba la República de sus enemigos. Era sólido. Hermético. Impenetrable. Y, sin embargo, allí estaba aquella entrada, oculta en su estructura. Las preguntas lo golpearon como un alud.

«¿Por qué existía aquella entrada si el muro no tenía puntos de acceso?»

«¿Quién la había construido?»

«¿Quién sabía de su existencia?»

Y lo más importante: «¿Por qué nunca antes nadie había hablado de ella?»

El viento aulló entre las torres de vigilancia, como si la propia República le susurrara una advertencia: «No sigas mirando. No preguntes.»

Pero ya era tarde. Porque, por primera vez en su vida, Ludovic empezaba a cuestionar todo lo que le habían enseñado. Porque si había una puerta, entonces el muro no era lo que decían que era.

Y si el muro no era lo que decían que era... ¿Qué más le habrían estado ocultando?

El muro seguía en pie, inquebrantable como siempre. Pero dentro de Ludovic Krauss, algo se había roto. Habían pasado dos días desde que descubrió la puerta oculta en la Sección 14. Dos días en los que su mente se había convertido en un campo de batalla entre la lógica y el instinto. Quería convencerse de que lo que había visto tenía una explicación racional. Quería decirse a sí mismo que el muro seguía siendo lo que siempre le habían dicho que era: la última barrera entre la civilización y el caos. Pero la duda era un veneno insidioso. Comenzó como un pensamiento fugaz, un murmullo en su conciencia, pero poco a poco se había convertido en un martilleo constante en su mente. ¿Por qué nadie habló de aquella puerta? Era una pregunta peligrosa. Lo sabía. Y entonces la información llegó con el tono impersonal de siempre. A través de los altavoces de la ciudad.

Cada mañana, los ciudadanos de la República Platónica despertaban con la misma voz fría y mecánica de la Oficina de Información Estatal. Pero aquella vez, algo en la cadencia del mensaje era distinto.

—Atención, ciudadanos de la República— La voz resonó en la plaza, rebotando en las fachadas de piedra, atravesando ventanas y callejones. Las personas, inmersas en sus rutinas, se detuvieron a escuchar.

—Se ha descubierto la existencia de un traidor infiltrado entre nosotros. Un individuo que, en su despreciable ambición, ha intentado filtrar información a los Bárbaros del Este. Gracias a la eficiente labor de la Guardia Social, esta amenaza ha sido neutralizada, pero la seguridad de la República sigue en riesgo.

Hubo un silencio expectante. Pesado.

—Pedimos la colaboración de todos los ciudadanos. Si detectan cualquier comportamiento sospechoso, cualquier palabra que desafíe el orden, informen de inmediato a las autoridades.

Aquella voz no transmitía urgencia, sino certeza.

—Recuerden: la pureza de la República depende de la lealtad de sus hijos. No permitiremos que el enemigo siembre la duda.

Y entonces, el cierre habitual:

—¡Por la República, por la verdad, por el orden!

El mensaje se cortó con un chasquido eléctrico.

El murmullo en la plaza fue casi imperceptible, apenas un par de susurros sofocados por el miedo. Luego, todo continuó como si nada hubiera ocurrido. La gente reanudó sus pasos, los comerciantes siguieron vendiendo y los burócratas se dirigieron a sus oficinas. Pero en el aire flotaba una tensión invisible, una sensación de alerta que no necesitaba ser pronunciada. Ludovic comprendió lo que aquello significaba.

Los efectos del anuncio no tardaron en manifestarse. Los puestos de control en las calles se duplicaron. Los guardias patrullaban en grupos de cuatro o cinco, con la mirada afilada propia de quienes

buscaban algo, fuera lo que fuese, que justificase su existencia.

En apenas unas horas, carteles de propaganda comenzaron a aparecer en los muros de cada calle, impresos con frases que resonaban como advertencias:

«LA REPÚBLICA SE DEFIENDE DE LOS INFILTRADOS.»

«LOS BÁRBAROS DEL ESTE UTILIZAN LA MENTIRA. NO SEAS SU CÓMPLICE.»

«"SI ESCUCHAS DUDAS, DENÚNCIALAS.»

Ludovic observó la transformación silenciosa de la ciudad. El miedo no necesitaba uniformes ni fusiles. El miedo era autónomo. Las conversaciones en los mercados se acortaron. Nadie discutía en voz alta. La gente se movía como sombras precavidas, midiendo cada palabra antes de pronunciarla. La paranoia se extendió como un incendio invisible.

Ludovic sintió una repulsión instintiva ante todo aquello. No porque nunca hubiera visto medidas similares sino porque ahora sabía que todo era una

farsa. La mentira se estaba desmoronando. Y el gobierno lo sabía.

Ludovic supo que tenía que hacer algo. Si la República había fabricado aquel traidor como un pretexto para endurecer el control, significaba que alguien, al igual que el, había visto algo que no debía ver. Tal vez alguien más había encontrado la puerta. Pero si ese alguien había desaparecido, Ludovic no podía preguntar. No podía confiar en nadie. Solo tenía una opción: buscar respuestas por sí mismo.

Ludovic no tardó en trazar el siguiente movimiento en su mente. Aquella puerta debía haber dejado una huella administrativa. Un rastro en algún plano olvidado. Nada en la República se había construido nunca sin un control exhaustivo. Y todos aquellos ríos de papel desembocaban en un único lugar: el Archivo Central del Ministerio de Infraestructura y Orden Urbano. Allí dormían los planos maestros de la ciudad, las modificaciones no anunciadas, los túneles clausurados oficialmente...

Ludovic entendió que necesitaba documentos, fechas, firmas... Y decidió ir al Archivo dispuesto a diseccionar la arquitectura de aquel engaño desde sus cimientos. Si la puerta fue construida, y lo fue, alguien debió aprobarla. Y si alguien la aprobó, su nombre debía estar escrito en alguna parte.

El archivo olía a polvo y papel viejo. Era un laberinto de estanterías infinitas donde cada documento era un ladrillo en la historia de la República. Ludovic se movió entre los pasillos con la precisión de un ladrón, consciente de que su sola presencia allí, a aquella hora, ya era una transgresión. Buscó la Sección catorce, rastreando informes en cada estante.

Nada.

La Sección catorce no existía.

No en las infraestructuras militares, ni en los registros de refuerzos del muro, ni en las rehabilitaciones defensivas. Estuvo a punto de darse por vencido cuando sus ojos se posaron en un expediente amarillento, olvidado entre los registros

de hacía más de un siglo: «Expediente 1.487 - Consolidación del Muro, 1872.»

En su índice, una anotación capturó su atención como una advertencia velada: «Acceso de Servicio Exterior - Anexo 14.»

Con el pulso acelerado, Ludovic pasó las páginas hasta encontrar la referencia exacta. «Habilitado temporalmente por orden del Ministerio de Seguridad Nacional. Tránsito restringido a personal autorizado. Sellado indefinido tras la Operación Némesis. Prohibido su uso bajo pena de ejecución.»

El aire en la sala pareció enfriarse de golpe. «Operación Némesis.» Las palabras se grabaron en su mente como un eco imposible de ignorar. Ludovic sintió que, en aquel momento, la duda se convertía en certeza. No podía detenerse. La puerta existía por que quisieron que existiera.

El viento helado barría la Sección catorce con la monotonía implacable de siempre, pero Ludovic ya no veía el muro de la misma manera. Antes era un símbolo de seguridad, de orden, de una línea

infranqueable que separaba la civilización del caos. Ahora, en cambio, se alzaba ante él como una barrera opaca, un velo de piedra que ocultaba un secreto demasiado grande para ser mencionado.

Durante días, intentó ignorar la evidencia. Volvió a su rutina, revisó las reparaciones en la muralla, archivó informes sobre el desgaste del cemento, trazó planos de refuerzo. Pero el hallazgo en el Archivo Central no dejaba de corroerle la mente. La Operación Némesis. El acceso sellado. La puerta oculta. No había registros. No había explicaciones. Solo la prohibición estricta de no cruzar el muro. Pero la única manera de conocer la verdad era cruzarlo.

Esperó hasta la medianoche. En la oscuridad, la Sección catorce era un páramo desierto, ajeno a las miradas inquisitivas de la Guardia Social. Se movió entre las sombras, con el frío calándole hasta los huesos. Encontró la marca tallada en la piedra y deslizó un cincel en la hendidura.

Un sonido seco rompió el silencio, y la puerta cedió.

El pasadizo que se presentó ante sus ojos, era estrecho. La piedra estaba húmeda al tacto y el aire cargado de polvo y humedad. Avanzó sin hacer ruido, con el pulso contenido, sintiendo cómo la opresión en su pecho se hacía más fuerte a cada paso.

Y entonces, la segunda puerta.

No era de piedra, sino de metal. Más delgada, más moderna. Sin cerradura visible, solo un mecanismo de presión. Ludovic accionó la palanca, y el chirrido de la bisagra resonó en la inmensidad de la noche.

Cruzó.

El aire era distinto.

Más limpio. Más ligero. Sin aquel olor a metal oxidado de la República, sin la presión invisible que mantenía a todos en su sitio, inmóviles.

Ludovic esperaba ruinas. A pesar de sus dudas sobre la verdad impuesta por la república, se había preparado para el horror de un mundo en guerra, para el caos de un enemigo salvaje que justificara el miedo en el que había crecido. Pero lo que encontró

fue vida. Las calles no eran cenizas ni escombros, sino caminos transitados, iluminados por luces cálidas que invitaban a detenerse, a caminar sin prisa. Los pocos que, dada la hora, caminaban por el lugar no bajaban la cabeza, no evitaban cruzar miradas. Conversaban. Reían. Entraban y salían de algunos lugares adornados con flores y luces sin necesidad de permisos.

El muro no había protegido a la República de una amenaza. El muro había protegido a las gentes de la República de la verdad.

Una verdad que siempre había estado ahí.

Y la gente al otro lado había seguido viviendo, sin siquiera pensar en ellos.

Ludovic sintió un nudo en la garganta. No porque el otro lado estuviera en paz, sino porque él mismo había creído en aquella mentira. La había defendido, e incluso, había trabajado para consolidarla. Había pasado su vida entera convencido de que no existía otra opción.

Aunque hizo lo posible por pasar desapercibido, la presencia de Ludovic no tardó en llamar la

atención. No porque fuera un enemigo, sino porque era evidente que no pertenecía a aquel mundo. Entonces, alguien puso sus ojos en él.

Una mujer. Ojos oscuros, expresión alerta. Se movió entre la exigua multitud de una de las esquinas con una seguridad que no pertenecía a la República. Se detuvo frente a él sin rastro de duda.

—Eres de la República.

No era una pregunta.

Ludovic sintió que el aire se hizo más pesado. Ella suspiró y le hizo un gesto para que la siguiera.

—No te quedes aquí. Ven conmigo.

El primer impulso de Ludovic fue dudar. No se había preparado para una actitud tan cercana y desinhibida. Pero ahora estaba al otro lado. En un mundo libre al que debía y quería adaptarse cuanto antes.

Cogió aire y siguió a aquella mujer.

El lugar al que lo llevó era pequeño, austero, sencillo. Libros viejos llenaban estanterías desgastadas, como si nadie hubiera intentado ocultarlos. Como si no fueran un peligro.

—No eres el primero que cruza el muro —dijo ella, sin necesidad de girarse—. Y no serás el último.

Ludovic tragó saliva.

—¿Cuánto tiempo lleva esto aquí?

Ella no pareció sorprendida por la pregunta.

—Siempre. Han cruzado otros antes que tú. Personas que empezaron a dudar. Que quisieron respuestas. Personas que finalmente... entendieron.

Ludovic se obligó a respirar.

—¿Entendieron qué?

La mujer lo miró con un cansancio que parecía siglos más viejo que ella.

—Que la República miente. Que no hay ningún enemigo esperando para atacarlos. Que los "Bárbaros del Este" nunca existieron y si lo hicieron nunca fueron tan barbaros.

Las palabras flotaron en el aire.

Ludovic cerró los ojos. Todo encajaba. El miedo era el verdadero muro. La República necesitaba un enemigo invisible para mantener el control absoluto. Sin el muro, sin el miedo, las personas habrían huido muchas generaciones antes.

El sonido de la puerta no fue natural.

Demasiado rápido. Demasiado preciso. No hubo gritos. No hubo advertencias. Solo el impacto seco de un disparo.

Ludovic sintió el golpe antes casi de escuchar el propio sonido.

La bala lo atravesó como si su cuerpo hubiera estado esperando toda la vida para aquel momento. Su espalda golpeó la estantería, derribando libros y papeles que nunca había podido leer. El mundo pareció girar a cámara lenta mientras la sangre caliente comenzaba a empaparle su ropa. El olor a pólvora impregnó la estancia por completo.

Con la vista nublada, Ludovic vio al hombre que le había disparado. No era un guardia de la República. No vestía uniforme, ni botas militares. Pero su postura, aquella mirada... No daba margen alguno para la duda, era uno de ellos.

La República tenía infiltrados.

La mujer no dijo nada. No gritó. Tampoco trató de detenerlo. Ella lo sabía, siempre lo había sabido. El

agente bajó el arma con calma, aunque no había satisfacción en su mirada, ni odio. Tan solo certeza.

—Siempre terminan confiando en la persona equivocada —dijo, como si fuera un hecho matemático.

Ludovic quiso hablar. Intentó aferrarse a algo en aquellos últimos segundos, pero nada tenía sentido ya.

El mundo libre seguía girando a su alrededor.

El muro seguía en pie.

Y la verdad, al menos para sus personas cercanas moriría con él, como antes había muerto con otros.

Como moriría con otros después de él.